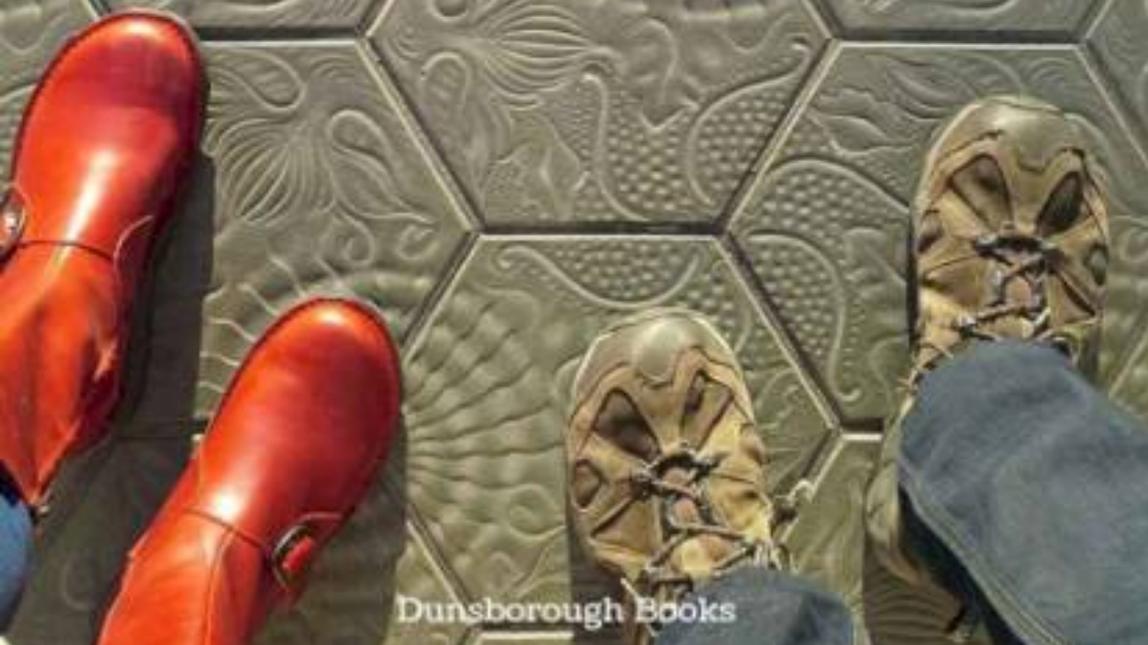


CARMEN GRAU

NUNCA  
dejes de  
BAILLAR



Dunsborough Books

# NUNCA DEJES DE BAILAR

Carmen Grau

© Carmen Grau, 2015

© de la presente edición, 2015, Dunsborough Books

P.O. Box 1124, Dunsborough, WA 6281, Australia

Todos los derechos reservados. Si estás leyendo este libro y no lo has comprado, puedes obtener tu propio ejemplar [aquí](#). Gracias por respetar el trabajo duro de esta escritora.

ASIN: B00TBC9D4C (ebook)

*A mi madre*

## **Nota de la editora**

Esta obra es una novela. Los personajes, lugares y acontecimientos que aparecen en ella son fruto de la imaginación del autor o, en caso de ser reales, se han elaborado como ficción. Cualquier parecido con la realidad nunca es coincidencia.

# Primera Parte

## ENYA

Barcelona, febrero de 2016

Mi madre solía decirme que yo iba contra corriente por el simple gusto de llevar la contraria y que conmigo debía emplearse la psicología inversa. Desde pequeña, ella la había usado a menudo para coaccionarme a hacer los deberes del colegio o lavarme los dientes. Se convirtió en un juego entre nosotras que llevamos hasta más allá de mi adolescencia. Un juego que siempre ganaba ella, aunque me hiciera creer lo contrario.

Durante años no supe que el primer chico que llevé a casa no solo le cayó mal sino que fue la causa de una tristeza profunda que esa primera noche la hizo llorar largo rato en la soledad de su cama. Mi madre era así: sufría en silencio. De cara al exterior era otra cosa. Cada mañana se miraba al espejo, sonreía a su imagen, y le decía con un dedo levantado: «Todo va a salir bien, ¡no me digas que no!», y acercaba los labios para darse un beso de autoestima. Entonces se enfrentaba al mundo y a su principal razón de ser: yo.

A los quince años, una tarde le presenté a Guillermo. No le gustó de entrada, pero fue capaz de fingir durante el año entero que salí con él. Creyó que si me hubiera dado su sincera opinión, yo habría respondido con lo que ella llamaba «tu reactancia» y habría sido capaz de seguir con él hasta que ella muriera del disgusto. Mi madre era psicóloga; aprendí de ella toda la teoría y los términos psicológicos que conozco. Lo que no sé si me inculcó bien fue

inteligencia emocional práctica; tampoco sé si la tenía ella o sabía aplicarla a su propia vida.

El problema de Guillermo, a ojos de mi madre, era que se parecía demasiado a mi padre. Fue como volverlo a encontrar, ella con veinte años más de madurez, pero él igual. Era el típico guapo de la clase, encantador, seductor, que escogía bien sus palabras vacías y hablaba mucho sin decir nada en realidad. Un pseudointelectual que no engañó a mi madre ni cinco minutos, aunque a mí sí. Yo bebía los vientos por él y tardé varios años en darme cuenta de lo peligroso que es enamorarse de quien no te conviene en la adolescencia (bueno, en mi caso a cualquier edad ha resultado peligroso). Ella ya lo sabía de sobra. Había conocido a mi padre a los diecisiete años; a los dieciocho me tuvo a mí. Por más que le costara, con Guillermo se colocó su mejor máscara y desde el primer momento le siguió el juego de la seducción. Esa primera tarde insistió en que se quedara a cenar y enseguida se convirtió en un invitado asiduo. Se hicieron íntimos amigos.

Al principio yo estaba encantada, pero al cabo de pocos meses empecé a picarme, sin sospechar que eso era precisamente lo que mi madre pretendía. Su camaradería me molestaba, pero no eran celos. Guillermo coqueteaba con cualquier mujer, fuera de la edad que fuera, pero mi madre no respondía a los cumplidos, o respondía rebotándolos hacia mí. Por ejemplo, si él comentaba lo bien que le sentaba una falda o zapatos nuevos, ella contestaba: «Enya y yo fuimos ayer de compras. ¿Qué me dices de su vestido nuevo? Le queda divino, aunque con ese cuerpazo cualquier trapo le sienta bien. Ya me gustaría a mí tener tu tipo, hija. Yo ni a tu edad era tan guapa».

No, mi madre no me daba ningún motivo de celos, aunque él no cesara en sus halagos. Lo que me irritaba era que me lo pusiera tan fácil, que aceptara a Guillermo sin una sola objeción. El colmo fue cuando le confesé mi de-

cisión de acostarme con él. Hasta que no se lo anuncié no fui consciente de que esperaba y deseaba que se opusiera o, como mínimo, que intentara disuadirme. En vez de eso, me contestó con toda serenidad:

—Sería hipócrita por mi parte decirte que no lo hicieras, que esperaras unos meses o unos años, que todavía eres joven. Eres una mujer y tienes derecho a disfrutar de tu sexualidad. Pero... ya sabes lo que me pasó a mí. Tú y yo salimos adelante, pero no fue fácil. Toma.

Me tendió una caja de preservativos. Como si ya la tuviera preparada, como si hubiera estado esperando ese momento. Peor: como si hubiera ido a comprarla expresamente para mí. Ella no se acostaba con nadie. Había dedicado toda su vida a mí y, por la falta de costumbre, se había olvidado de cómo relacionarse con los hombres, y eso que solo tenía treinta y tres años.

Así fue como perdí la virginidad, en mi propia habitación, mientras mi madre dormía en la suya; solo nos separaba el amplio salón. Y esa noche sí durmió; me lo confesó años más tarde. Que yo dejara de ser virgen no le preocupaba en absoluto. Al contrario, tal como me había dicho, creía que yo tenía derecho a iniciarme en el sexo con quien quisiera y en el momento en que yo decidiera que estaba preparada. Confiaba en que poco después él se cansaría de mí o, mejor aún, yo me daría por fin cuenta de su superficialidad.

Ocurrirían las dos cosas a su debido tiempo. Para mi desgracia, lo primero fue que él se cansó de mí. Solo con los meses supe ver que en realidad tuve suerte, tal como me aseguró mi madre. Tuve suerte porque fui yo y no él quien se preguntó mil veces por qué me pasaba eso a mí y qué había hecho o dicho para estropearlo todo. Mientras, mi madre me abrazaba y lloraba conmigo, todavía fingiendo que a ella también la había engatusado, aunque en reali-

dad sus lágrimas eran por la pena de ver que hacían daño a su niña.

Él se olvidó de mí sin más. Yo me quedé con el rechazo y las incontenibles ganas de llamarlo y correr tras él. Una vez más mi madre me dejó hacer, viviendo mi humillación y sufrimiento como si fueran suyos, y esperando paciente a que se me pasara. Cuando por fin me curé del desamor, me dijo eso de que había tenido suerte, que peor habría sido que me hubiera cansado yo primero.

Eso fue lo que le pasó a ella. Mi padre no nos dejó. Ella se enamoró, se quedó embarazada y vio sus sueños truncados durante mis primeros años, pero también tuvo el valor de rechazar un arreglo matrimonial impuesto por mis abuelos. Mi padre se habría casado aunque en realidad no la quisiera, como en efecto haría años más tarde, con otra mujer. Mis abuelos se lo pusieron muy fácil. El dinero lo apaña todo y, como ellos lo tenían, les ofrecieron el piso de la calle Entença, que ahora es mío y es desde donde leo mi propia historia.

Hasta que cumplí dos años, mi padre le hizo la vida imposible a mi madre. Ella no le rechazó desde el principio. Primero intentó ocultar su embarazo. No se lo dijo ni siquiera a él. Hasta que estuvo de cinco meses vivió esa euforia inesperada completamente sola. Descubrir el milagro de mi existencia fue una sorpresa, pero en ningún momento se le ocurrió deshacerse de mí. Por eso calló, porque sabía que en cuanto mi padre o mis abuelos se enteraran, harían todo lo posible por convencerla para que abortara. Cuando ya no pudo esconder más lo evidente, sucedió lo que ella había previsto: que todos quisieron arreglar «el problema». Mis abuelos ofrecieron ayudarla de la única manera que sabían: con dinero. Ellos se harían cargo de la boda, les pondrían el piso, le darían trabajo a mi padre en su empresa mientras mi madre seguía con sus estudios... Se les olvidó preguntar qué deseaba ella.

Él, como era de esperar, no se tomó nada bien la noticia. Se sintió engañado. Eso me contó mi madre; con él nunca he hablado del tema. Le enfureció que mi madre no le hubiera hablado del embarazo desde el principio porque consideraba que la decisión de tenerme o no les concernía a los dos. Con esa excusa, desapareció. Mi madre no tuvo mucho tiempo de pasarlo mal porque ya solo vivía pensando en mí, concentrada en cada cambio de su cuerpo. Hacía meses que había llegado a la conclusión, no sé si fundada o no, de que su novio no la quería y por eso había empezado a actuar como si él ya no formara parte de su vida. No había contado con que los tipos como él no están acostumbrados a que los desechen así como así. A las dos semanas se presentó en casa de mis abuelos adoptando una postura entre herida —porque después de tres veces sin contestarle al teléfono mi madre no había insistido más— y arrepentida. Se llevó una gran sorpresa cuando delante de mis abuelos, que quince días antes le habían puesto el futuro en bandeja, mi madre le comunicó que de ahí en adelante él ya no pintaba nada.

A partir de entonces empezó el acoso. Mi padre aseguró estar locamente enamorado, pero mi madre nunca lo creyó. Estaba convencida de que él había visto la oportunidad de dar el braguetazo de su vida. Según ella, mi padre hubiera sido un yerno aprovechado, marido adúltero y padre ausente.

Mis abuelos fueron testigos de la entereza de mi madre no sin poca sorpresa y, en el caso de mi abuela, cierta alarma. Temía que mi madre se estuviera encerrando tanto en sí misma y en el bebé por nacer que era incapaz de apreciar el amor, a su manera, de mi padre. Así que intentó abrindarla. Mi padre le dio pena y él aprovechó la brecha para seguir insistiendo. Mi abuela le abría las puertas de casa, le tomaba los recados de teléfono cuando llamaba, le ofrecía un café cuando mi madre se negaba a salir de su

cuarto. Se lo ponía difícil a su propia hija, no por fastidiarla sino porque creía que yo tendría mejor futuro con dos progenitores y la actitud de mi madre le parecía egoísta.

Mi abuelo se mantuvo más al margen, secretamente orgulloso de mi madre y aliviado de no tener que cargar con un yerno no deseado. Aunque había sido él quien propusiera el arreglo del matrimonio y el empleo de mi padre en la empresa familiar, desde el principio apoyó a su hija en la decisión de ser madre soltera. En aquella época no era tan normal como ahora, pero tampoco era la vergüenza que hubiera supuesto en la juventud de mis abuelos. Sus treinta primeros años habían transcurrido durante la dictadura franquista y se educaron en un ambiente de catolicismo obligado, reglas estrictas y la feliz ignorancia de no conocer otra realidad en la que su voto contara para decidir el futuro del país. Ambos eran hijos de empresarios, y ellos mismos, emprendedores y muy trabajadores. Vivían holgadamente y hasta que Franco murió no habían tenido motivo para cuestionarse la situación política del país. Pero sí habían sufrido en sus propias carnes la represión sexual y la censura franquista en el cine. Sin llegar a ser abiertos y desinhibidos en temas de sexo, como sí lo sería mi madre conmigo, supieron adaptarse bastante bien a los nuevos tiempos.

Cuando el orgullo herido de mi padre empezó a convertirse en algo enfermizo, mi abuela dejó de sentir lástima por él. Mi padre abandonó sus estudios y se dedicó a perseguir a mi madre allá donde fuera, al principio rogándole que volviera con él, después amenazándola e insultándola. Mi madre dejó también de estudiar, a pocos meses de terminar COU, y tardaría algunos años en retomar los libros de texto. No lo hizo porque su estado de buena esperanza fuera ya más que obvio, sino por la fobia a salir de casa y encontrarse a su exnovio apostado en la portería, esperándola y reclamando su derecho de paternidad sobre

mí. Pasó los dos meses anteriores a mi nacimiento encerrada en la casa donde todavía viven mis abuelos, en el opulento barrio de Tres Torres. En una ocasión en que mi padre se puso a gritar desde la calle, bajo la ventana de mi madre, mi abuelo llamó a la policía. Se lo llevaron a comisaría y creo que hasta lo ficharon, pero enseguida lo dejaron marchar. Eso lo mantuvo alejado durante un tiempo, pero cuando nací, volvió a la carga. Mi madre me dijo muchas veces que el acoso al que la sometió mi padre fue la experiencia más traumática que sufrió jamás, efectiva en provocarle una androfobia de la que nunca quiso recuperarse. Según ella, Guillermo habría actuado de la misma manera que mi padre si hubiera sido yo quien lo hubiera dejado. Todo eso que me ahorré.

Mi madre permitió que mi padre me viera cuando yo ya tenía un mes, pero le dejó claro que eso no sentaba precedentes y que le quería fuera de nuestras vidas. Ella escogió mi nombre, por la cantante irlandesa que había descubierto el verano anterior mientras estudiaba inglés en Donegal y que casualmente se haría mundialmente famosa un año después de mi nacimiento. A nadie más le gustaba el nombre, pero eso a mi madre no le importaba. Tomó todas las decisiones concernientes a mí siempre sola, sin escuchar la opinión de los demás. En mi partida de nacimiento y el libro de familia, junto a «padre» aparece la palabra «desconocido», aunque mi madre jamás me ocultó su identidad. Desde pequeña me contó la historia tal como era y a él lo vi varias veces a lo largo de mi niñez y adolescencia. Durante mis dos primeros años mi madre continuó negándose a que formara parte de nuestras vidas porque él no cesaba en sus ruegos, que invariablemente se convertían en amenazas. Mi madre seguía convencida de que no nos quería a ninguna de las dos, aunque él insistiera en jurar lo contrario. Decía que cualquier otro idiota se habría sentido afortunado por la libertad de no tener que cargar con una

mujer e hija no deseadas, pero la rabia de no ser él quien tomara la decisión lo tenía poseído. Tantos años de rechazo debieron de suponer un duro golpe para él, pero me inclino a pensar que mi madre tenía razón.

Llegó un día en que por fin mi padre se rindió y, después de dos años de distancia, mi madre nos presentó. Yo ya tenía cuatro años y mi madre me dijo: «Este es Sergio, tu padre, del que ya te he hablado». Reaccioné como si se tratara de un amigo suyo cuya atención le pertenecía: sin mucho interés. No echaba de menos la figura de un padre porque nunca la tuve, así que no sabía lo que era. Ese primer encuentro fue en la granja de la esquina de la calle Entença, que todavía existe. Yo no lo recuerdo; lo sé porque me lo contó ella. Quedamos para merendar. Yo me tomé un Cacaolat y un donut, ellos solo un café. Sergio y yo no nos hicimos ningún caso. Él me miraba sin saber cómo hablarme y yo estaba concentrada en el donut rebozado de azúcar. Ellos también hablaron poco, pero a partir de entonces mi madre accedió a quedar con él al menos una vez al año para que viera cómo yo iba creciendo. Los primeros encuentros fueron tensos, aunque con los años se fueron suavizando. Nunca llegaron a ser amigos. Ninguno de los dos superó el resentimiento que a veces afloraba en sus conversaciones, si bien consiguieron al menos mantener siempre la cordialidad.

Sergio nunca le dio dinero a mi madre para mi manutención porque ella se negó a aceptar nada de él. En cambio, sí aceptó la ayuda de mis abuelos. Al principio vivimos con ellos, pero a partir de mis dos años, los desacuerdos con mi abuela sobre la mejor manera de criarme se hicieron cada vez más frecuentes, hasta que mi madre les pidió permiso para alojarnos en el piso de Entença, que ya entonces estaba a su nombre y desocupado. Mis abuelos accedieron, cómo no, por más que a ella le doliera dejar de ser parte influyente en mi vida. Según mi abuela, yo era una niña mi-

mada a la que se le consentía todo, motivo por el cual había que meterme en una guardería. Mi madre estaba en contra y se negó a llevarme incluso a la más cara de Barcelona. Hasta que empecé párvulos en un colegio privado, mi madre estuvo siempre en casa conmigo, sin apenas separarse de mí ni permitir que nadie más me cuidara. Solo entonces reanudó sus estudios, abandonados desde hacía tres años. Aprobó la selectividad con buena nota y terminó la carrera de Psicología en un tiempo récord y con honores. Siempre tuvo muy claro lo que quería. Cuando años más tarde abrió su propia consulta y empezó a ganar dinero por primera vez en su vida, yo ya tenía ocho años y ella veintiséis. Imagino que mis abuelos debieron de quitarse un peso de encima, aunque nunca aceptaron ningún dinero de vuelta por los años en que nos habían mantenido a las dos.

Sergio se casó hace ahora once años. Yo fui a la boda; mi madre no. Siempre tuve la sospecha de que me invitó más para demostrarme que era capaz de asumir el compromiso del matrimonio que por verdadero deseo de tenerme a su lado en un día tan señalado. No creo que a su mujer le hiciera mucha gracia, pero si él insistió en invitarme, ella no pudo oponerse.

Él y yo tampoco hemos llegado nunca a ser amigos, y menos mientras mi madre vivió. Entonces, había un aire de incomodidad entre nosotros tan denso que casi se podía palpar. Hasta que ella murió, nunca hablamos de nada trascendental. La separación emocional que mi madre había impuesto entre nosotros imperó siempre, como si de un hechizo se tratara, y solo su muerte fue capaz de deshacerlo. Él siempre intuyó lo que mi madre me había contado sobre ellos, y que yo creí, más aún cuando me presentó a su novia y adiviné el papel dominante y posesivo que desempeñaba él en esa relación.